Pablo de Tarso, o Cristianismo y Judaísmo

Savitri Devi

SAVITRI DEVI

PABLO DE TARSO
O
CRISTIANISMO Y JUDAÍSMO

Ediciones Sol Invicto

Título original: **Paul de Tarse, ou Christianisme et juiverie.** Calcuta, Savitri Dêvi Mukherji, 1958.

Cuarta edición.

PABLO DE TARSO, O CRISTIANISMO Y JUDAÍSMO

Si hay un hecho que no puede dejar de sorprender a cualquier persona que estudie seriamente la historia del cristianismo, es la ausencia casi total de documentos sobre el hombre cuyo nombre lleva la gran religión internacional, es decir, Jesucristo. De él sólo conocemos lo que se nos dice en los evangelios del Nuevo Testamento, es decir, prácticamente nada; porque estas misceláneas, aunque prolijas en sus descripciones de acontecimientos milagrosos relacionados con él, no dan ninguna información en absoluto sobre su persona, y, en particular, sobre sus orígenes. ¡Oh, tenemos en los cuatro evangelios canónicos una larga genealogía que se remonta a José, el esposo de la madre de Jesús, hasta Adán! Pero siempre me pregunto qué interés puede tener esto para nosotros, ya que también se nos dice expresamente que José no tiene nada que ver con el nacimiento del niño. Uno de los numerosos evangelios «apócrifos» —rechazados por la Iglesia— atribuye la paternidad de Jesús a un soldado romano distinguido por su valentía y así apodado «La Pantera»[1]. Este evangelio es citado por Heckel en uno de sus estudios sobre el cristianismo primitivo[2]. Aceptar este punto de vista, sin embargo, no resuelve del todo la cuestión tan importante

[1] El rumor de que el padre de Jesús era un legionario romano apodado Pantera fue reportado por el filósofo pagano Celso en su polémica anticristiana *Doctrina Verdadera*. No aparece en ninguno de los evangelios apócrifos, como sugiere erróneamente Savitri. Variaciones de la historia se pueden encontrar en el Talmud judío.

[2] Savitri puede estar refiriéndose a Ernst Haeckel, quien menciona a Pantera en su capítulo sobre «Ciencia y cristianismo» en su libro The Riddle of the Universe at the Close of the Nineteenth Century, trans. Joseph McCabe (Nueva York: Harper and Brothers, 1900), 328-9.

de los orígenes de Cristo, porque no nos dice quién era María su madre. Uno de los cuatro evangelios canónicos nos dice que era hija de Joaquín y Ana cuando Ana ya había pasado la edad de la maternidad[3]; en otras palabras, ella misma nació milagrosamente —o simplemente era una niña adoptada por Ana y Joaquín en su vejez—, lo que no aclara las cosas.

Pero hay algo mucho más desconcertante. Recientemente se han descubierto los registros de un importante monasterio de la secta esenia, situado a escasos treinta kilómetros de Jerusalén. Estos registros tratan de un período que se extiende desde el comienzo del primer siglo antes de Jesucristo hasta la segunda mitad del primer siglo después de él. Y se refieren, setenta años antes que él, de un gran Iniciado, o de un Maestro Espiritual —el «Maestro de la Justicia», cuyo regreso se espera un día. De la extraordinaria carrera de Jesús, de sus innumerables curaciones milagrosas, de sus enseñanzas durante tres años enteros en medio del pueblo palestino, de su entrada triunfal en Jerusalén, tan brillantemente descrita en los evangelios canónicos, de su juicio y crucifixión (acompañada, según los evangelios canónicos, por acontecimientos tan impresionantes como un terremoto, el oscurecimiento del cielo durante tres horas por la tarde y el velo del templo rasgándose en dos), no se dice ni una sola palabra en los pergaminos de estos ascetas, hombres eminentemente religiosos, a quienes tales acontecimientos deberían haber interesado. Parece que, según estos «Rollos del Mar Muerto» —recomiendo a los que se interesan en este asunto que lean el estudio que ha sido publicado por John Allegro en lengua inglesa[4]— o bien Jesús no produjo ninguna impresión en las mentes religiosas de su tiempo, tan ansiosos de sabiduría y tan bien informados como los ascetas del monasterio en cuestión, o bien.... ¡simplemente no existió en

[3] El relato de los padres de María a los que se refiere aparece en el Evangelio apócrifo de Santiago, no en el Nuevo Testamento.

[4] Savitri puede estar refiriéndose a cualquiera de los siguientes volúmenes de John Allegro: Los Rollos del Mar Muerto (Harmondsworth, Inglaterra: Penguin, 1956), El Misterio de los Rollos del Mar Muerto Revelados (Nueva York: Gramercy, 1956), o, si fue publicado en el momento de la composición del ensayo, Los Rollos del Mar Muerto y los Orígenes del Cristianismo (Nueva York: Criterion, 1957). En Peregrinación, Savitri se refiere a otro libro sobre el cristianismo primitivo escrito por Gerald Massey, The Historical Jesus and the Mythical Christ (Springfield: Star Publishing Company, s.f.). Ver Savitri Devi, Peregrinación (Calcuta: Savitri Devi Mukherji, 1958), 332.

absoluto! Por muy preocupante que sea, estos hallazgos deben ser presentados al público mundial, y en particular al público cristiano, después de estos recientes descubrimientos.

Sin embargo, en lo que concierne a la iglesia cristiana y al cristianismo como fenómeno histórico, y al papel que desempeña en Occidente y en el mundo, la cuestión es mucho menos importante de lo que parece. Porque aunque Jesús haya vivido y predicado, no es el verdadero fundador del cristianismo tal como se lo presenta al mundo. Si verdaderamente vivió, Jesús era un hombre «sobre el tiempo»[5] cuyo reino —como él mismo dijo a Pilato, según los Evangelios— «no es de este mundo», cuya entera actividad, toda su enseñanza, tendía a mostrar a aquellos a quienes este mundo no satisfacía, un camino espiritual por el que podían escapar y encontrar, en su paraíso interior, en este «Reino de Dios» que está en nosotros, el Dios «en espíritu y en verdad» que buscaban sin conocerlo. Si vivió, Jesús nunca soñó con fundar una organización temporal y, sobre todo, no una organización política y financiera como la Iglesia cristiana se convirtió tan rápidamente. La política no le interesaba. Y, odiando las riquezas, era un enemigo decidido de cualquier mezcla de dinero en los asuntos espirituales, lo que algunos cristianos vieron, con razón o sin ella, como un argumento que demostraba que, contrariamente a la enseñanza de todas las Iglesias cristianas (excepto aquellas que niegan absolutamente su naturaleza humana[6]), no tenía sangre judía. El verdadero fundador del cristianismo histórico, del cristianismo que conocemos en la práctica, tal como ha desempeñado y sigue desempeñando un papel en la historia de Occidente y del mundo, no es Jesús, del que no sabemos nada, ni su discípulo Pedro, que sabemos que era galileo y un

[5] En El rayo y el sol (Calcuta: Savitri Devi Mukherji, 1958), Savitri hace una triple distinción entre los hombres «por encima del Tiempo», «en el Tiempo» y «contra el Tiempo». Los hombres sobre el Tiempo son visionarios y profetas que se orientan por verdades que trascienden el mundo presente. Son, por lo tanto, poco prácticos a la hora de cambiar el mundo actual. Los hombres en el tiempo son enteramente criaturas del mundo presente. Por lo tanto, son más capaces de alcanzar el éxito mundano. Los hombres contra el tiempo se orientan por verdades que trascienden el presente, pero son capaces de operar dentro del mundo para hacer avanzar la causa de la verdad. Savitri ofrece al faraón Akhenatón como paradigma del hombre sobre el Tiempo, a Gengis Khan como paradigma del hombre en el Tiempo y a Hitler como paradigma del hombre contra el Tiempo.

[6] Por ejemplo, la secta de los monofisitas.

simple pescador, sino Pablo de Tarso, de quien sabemos que era un judío de sangre, de formación y de corazón, y, lo que es más, judío instruido y un «ciudadano romano» como muchos intelectuales judíos hoy en día son ciudadanos franceses, alemanes, rusos o americanos.

El cristianismo histórico, que no es en absoluto una obra «sobre el Tiempo», sino una obra «en el Tiempo», es la obra de Saúl, llamado Pablo, es decir, la obra de un judío, como el marxismo lo sería dos mil años más tarde. Examinemos la carrera de Pablo de Tarso.

Saúl, llamado Pablo, era un judío y, lo que es más, un judío ortodoxo y erudito, un judío impregnado de una conciencia de su raza y del papel que el «pueblo elegido» debe desempeñar en el mundo, según la promesa de Yahvé. Fue alumno de Gamaliel, uno de los teólogos judíos más famosos de su tiempo, teólogo de los fariseos, precisamente aquella escuela que, según los evangelios, el profeta Jesús, a quien la Iglesia cristiana elevaría más tarde a la categoría de Dios, había combatido violentamente por su arrogancia, su hipocresía, su hábito de dividir cabellos y anteponer la letra de la ley judía a su espíritu, por encima de lo que él creía que era, al menos, su espíritu; no se dice si Saúl no había tenido, sobre este tema, una idea diferente a la suya. Además, y esto es muy importante, Saúl era un judío educado y consciente, nacido y criado fuera de Palestina, en una de esas ciudades del Asia Menor romana que había sucedido a la Asia Menor helenística manteniendo todas sus características: Tarso, donde el griego era la «lingua franca» de todos y donde el latín se hacía cada vez más conocido y donde se podían encontrar representantes de todos los pueblos del Cercano Oriente. En otras palabras, ya era un judío del «gueto», poseyendo, además de un profundo conocimiento de su tradición israelita, una comprensión del mundo de los «Goyim» —no judíos— que más tarde le resultaría invaluable. Sin duda pensó, como todo buen judío, que el «goy» sólo existe para ser dominado y explotado por el «pueblo elegido», conocía el mundo no judío infinitamente mejor que los judíos de Palestina, en medio de los cuales habían surgido todos los primeros creyentes de la nueva secta religiosa de la que él estaba destinado a formar el cristianismo tal como lo vemos.

Se dice en los «Hechos de los Apóstoles» que Saúl fue inicialmente un feroz perseguidor de la nueva secta. Después de todo, ¿no despreciaban sus seguidores la ley judía, en el sentido estricto de la palabra? ¿Acaso el hombre

que ellos reconocieron como su líder y que ellos dijeron que había resucitado de entre los muertos, este Jesús, a quien Saúl nunca había visto, no había dado el ejemplo de la inobservancia del sábado, la negligencia de los días de ayuno y otras transgresiones altamente reprensibles de las reglas de la vida de las cuales un judío nunca debía apartarse? Incluso se decía que un misterio, que no augura nada bueno, se cierne sobre la historia de su nacimiento; que puede que no haya sido de origen judío en absoluto —¿quién sabe? ¿Por qué no perseguir a una secta así, cuando uno es un judío ortodoxo, estudiante del gran Gamaliel? Tenía que preservar del escándalo a los observadores de la Ley. Saúl, que ya había mostrado su celo al estar presente en la lapidación de Esteban, uno de los primeros predicadores de la peligrosa secta, continuó defendiendo la ley y la tradición judía contra aquellos a quienes consideraba herejes, hasta que finalmente comprendió que había algo mejor —mucho mejor— que hacer de ella, precisamente desde el punto de vista judío. Esto lo entendió de camino a Damasco.

La historia, como la iglesia cristiana desea que se la cuente, nos hace creer que fue allí donde de repente experimentó una visión de Jesús —a quien, repito, nunca había visto «en carne»— y que escuchó su voz decirle: «Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?», una voz a la que no pudo resistir. Además, había sido cegado por una luz deslumbrante, y fue arrojado al suelo. Trasladado a Damasco, según este mismo relato de los «Hechos de los Apóstoles», se encontró con uno de los fieles de la secta a la que había ido a combatir, un hombre que, después de devolverle la vista, lo bautizó y lo recibió en la comunidad cristiana.

Es superfluo decir que este relato milagroso sólo puede ser aceptado como tal por aquellos que comparten la fe cristiana. Como todas las historias de este tipo, no tiene valor histórico. Aquellos que, sin ideas preconcebidas, buscan una explicación plausible, convincente, natural, de cómo sucedieron las cosas, no pueden estar satisfechos con ella.

Y la explicación, para ser plausible, debe tener en cuenta no sólo la transformación de Saúl en Pablo —del feroz defensor del judaísmo en el fundador de la iglesia cristiana tal como la conocemos— sino también la naturaleza, el contenido y la dirección de su actividad después de su conversión; para la lógica interna de su carrera, en otras palabras, para el vínculo psicológico más o menos consciente entre su pasado anticristiano y

su gran obra cristiana. Toda conversión implica un vínculo entre el pasado del converso y el resto de su vida, una razón profunda, es decir, una aspiración permanente del converso que satisface el acto de conversión; una voluntad, una dirección permanente de la vida y de la acción, de la cual el acto de conversión es la expresión y el instrumento.

Ahora bien, con todo lo que sabemos de él y sobre todo del curso de su carrera, sólo hay una voluntad profunda y fundamental, inseparable de la personalidad de Pablo de Tarso en todas las etapas de su vida, que puede explicar su «camino hacia Damasco», y esta voluntad es servir al viejo ideal judío de la dominación espiritual, complementando y coronando el de la dominación económica. Saúl, un judío ortodoxo, un judío consciente, que había luchado contra la nueva secta asumiendo que representaba un peligro para la ortodoxia judía, no podía renunciar a su ortodoxia y convertirse en el alma y el brazo de esta secta tan peligrosa hasta que entendió que, reelaborada por él, transformada, adaptada a las exigencias del vasto mundo de los «goyim» —los «gentiles» de los evangelios—, interpretada, si es necesario, de tal manera que dé, como diría más tarde Nietzsche, «un nuevo sentido a los antiguos misterios», podría convertirse durante siglos, si no para siempre, en el instrumento más poderoso de la dominación espiritual de Israel; en el medio que cumpliría, de la manera más segura y definitiva, la «misión» del pueblo judío de gobernar sobre los otros pueblos y subyugarlos moralmente, al mismo tiempo que son explotados económicamente. Y cuanto más completa sea la subyugación moral, más florecerá la explotación económica. Sólo este premio merecía la pena de repudiar la rigidez de la vieja y venerable ley. O, para hablar en un lenguaje más trivial, la repentina conversión de Saúl en el camino a Damasco sólo puede explicarse de una manera muy natural si admitimos que de repente se habría dado cuenta de las posibilidades que el naciente cristianismo le ofrecía para el beneficio y la dominación moral de su pueblo, y que él habría pensado —en un destello de genio, hay que decirlo—: «¡Fui corto de vista en perseguir a esta secta, en vez de hacer uso de ella a toda costa! Fui un estúpido al centrarme en las formas, los detalles, en lugar de ver la cuestión esencial: los intereses del pueblo de Israel, del pueblo elegido, de nuestro pueblo, de nosotros los judíos».

Toda la carrera subsiguiente de Pablo es una ilustración —una prueba, en la medida en que se pueda pensar en «probar» hechos de esta naturaleza—

de este ingenioso cambio de rumbo, de esta victoria del judío inteligente, un hombre práctico, un diplomático (y cuando se dice «diplomático» en relación con cuestiones religiosas, se quiere decir engañoso) sobre el judío culto y ortodoxo, preocupado especialmente por problemas de pureza ritual. En efecto, desde el día de su conversión, Pablo se entregó al «Espíritu» y va adonde el «Espíritu» le sugiere, o más bien le ordena, que vaya, y pronunció, en cualquier circunstancia, las palabras que el «Espíritu» le inspiró. Ahora bien, ¿adónde le «ordenó» el «Espíritu» que vaya? ¿A Palestina, entre los judíos que aún comparten los «errores» de que acaba de retractarse públicamente y que parecerían ser los primeros en tener derecho a su nueva revelación? ¡Jamás en la vida! ¡Es cuidadoso de no hacerlo! Es en Macedonia, así como en Grecia y entre los griegos de Asia Menor, entre los gálatas, y más tarde entre los romanos —en los países arios, o en todo caso en los países no-judíos— donde el neófito salió a predicar los dogmas teológicos del pecado original y la salvación eterna a través de Jesús crucificado, y el dogma moral de la igualdad de todos los hombres y todos los pueblos; es en Atenas donde proclama que Dios creó «todas las naciones, todos los pueblos de una misma sangre» (Hechos de los Apóstoles, capítulo 17, versículo 26). De esta negación de las diferencias naturales entre las razas, los propios judíos, por supuesto, no tenían ningún interés, pero desde su punto de vista era muy útil predicarla, imponerla a los «Goyim»; destruir en ellos los valores nacionales que hasta entonces habían formado su fuerza (o mejor dicho, acelerar su destrucción; porque, desde el siglo IV a.C., ya se estaban desmoronando, bajo la influencia de los judíos «helenizados» de Alejandría). Sin duda Pablo también predicó «en las sinagogas», es decir, a otros judíos, a quienes presentó la nueva doctrina como resultado de profecías y expectativas mesiánicas; sin duda dijo a los hijos de su pueblo, así como a los «temerosos del Señor» —a los mitad judíos, como Timoteo, y a los barrios judíos que abundaban en los puertos marítimos del Egeo (como en Roma)— que Cristo crucificado y resucitado, a quien anunció, no era otro que el Mesías prometido. Da un nuevo significado a las profecías judías, así como da un nuevo significado a los misterios inmemoriales de Grecia, Egipto, Siria y Asia Menor: un significado que asigna un papel único, un lugar único, una importancia única al pueblo judío en la religión de los no judíos. Para él no era más que un medio para asegurar la dominación espiritual de su pueblo

en el futuro. Su genio —no religioso, sino político— consiste en haberlo comprendido.

Pero no es sólo en términos de doctrina que puede ser desconcertantemente flexible: —«Griego con los griegos, y judío con los judíos», como él mismo dijo. Tiene un sentido de necesidad —y de imposibilidad— práctico. Él mismo es, aunque inicialmente tan ortodoxo, el primero en oponerse a cualquier imposición de la Ley judía sobre los cristianos conversos de razas no judías. Insiste —en contra de Pedro y del grupo menos conciliador de los primeros cristianos de Jerusalén— en que un cristiano de origen no judío no necesita la circuncisión ni las reglas judías sobre la comida. Escribió a sus nuevos seguidores, mitad judíos, mitad griegos, romanos de dudosa procedencia, levantinos de todos los puertos del Mediterráneo, a todo este mundo sin raza, del que actuaba como intermediario entre su pueblo inmutable en su tradición y el vasto mundo a conquistar, que no existe para ellos, ninguna distinción entre lo que era «puro» y lo que era «impuro»; que se les permitía comer lo que les plazca («todo lo que se puede encontrar en el mercado»). Sabía que, sin estas concesiones, el cristianismo no podía esperar conquistar Occidente, ni Israel podía esperar conquistar el mundo a través del Occidente convertido.

Pedro, que no era en absoluto un judío del «gueto» y que, por lo tanto, todavía no estaba familiarizado con las condiciones del mundo no judío, no veía las cosas desde la misma perspectiva, al menos todavía. Es por eso que debemos ver a Pablo como el verdadero fundador del cristianismo histórico: el hombre que hizo de la enseñanza puramente espiritual del profeta Jesús la base de una organización militante en el Tiempo cuyo propósito era, en la profunda conciencia del apóstol, nada menos que la dominación de su propio pueblo sobre un mundo moralmente castrado y físicamente bastardo, un mundo en el que el amor malentendido por el «hombre» conduce directamente a la mezcla indiscriminada de razas, a la supresión de todo orgullo nacional, en una palabra, a la degeneración.

Es hora de que los Gentiles finalmente abran los ojos a esta realidad de dos mil años; que comprendan la desgarradora actualidad y que reaccionen en consecuencia.

Escrito en Méadi (cerca de El Cairo), el 18 de junio de 1957.